

EL NIÑO GOYA

Anónimo123

Si quebró el cántaro, Goya

Por las calles de Fuendetodos, en un lugar de Aragón, camina un niño con un cántaro vacío sobre la cabeza. Después de un buen rato de caminar y caminar, se le iluminan los ojos al ver una fuente. Se acerca a esta y llena el cántaro hasta arriba. Lo intenta coger otra vez, pero se da cuenta de que lo ha llenado demasiado. Piensa en vaciarlo, pero descarta la opción al recordar las palabras de su madre: “Procura que no se te caiga el agua, Francisco. Hay poca agua y, si la tiras al suelo, la desperdicias.” Como el niño Francisco no quiere desperdiciar el agua, coge el cántaro y se predispone a recorrer el camino de vuelta bajo el abrasador sol del comienzo del mediodía. Camina y camina, durante un rato que se le hace eterno.

Muerto de calor, Francisco escucha una voz: “¡Cereza! ¡Cereza! ¡Zumo de cereza! ¡Cereza!”, esperanzado por poder beber algo de zumo, mira a su alrededor. En el lateral del sendero por el que camina, delante de una casa destartada y rodeada de cerezos, hay un joven al lado de una mesa a rebosar de cajas de cerezas y jarras de zumo fresco. Francisco deja el cántaro en el suelo y corre hacia el joven: “¿Cuánto por una jarra de zumo?”, pregunta. “Con tres reales me vale”, contesta el joven, que aunque sonríe con plenitud, no parece compartir la admiración de Francisco respecto a ese zumo tan jugoso. “¿Está bueno el zumo? ¿Lo ha probado usted?”, pregunta, y el joven lo mira y responde: “No me sirve de nada probarlo, mi nariz no funciona y no noto el sabor de la cereza.” El niño replica: “Qué vida tan triste tiene usted, se planta aquí a vender un zumo que tiene tan buena pinta sabiendo que no podría disfrutarlo ni aunque quisiera. ¿No le parece triste?”. Ante la falta de respuesta, continúa hablando: “¿No ha probado a arreglarse la nariz? Mi madre dice que si no hueles, es porque te has puesto malo; quizá si me acompañas hasta mi casa, te hará uno de sus remedios”. El joven mira a Francisco como si no entendiera la situación:

“Mi nariz no se puede arreglar y, por lo tanto, no quiero los remedios de tu madre. Tampoco es que quiera arreglarla; nací así y no es asunto mío cambiarme. Además, yo vivo feliz, porque hago que todos los viajeros que pasan por este sendero disfruten de mi arte”. El niño se sorprende: “¿Arte? ¿Acaso pinta usted?”. El joven le contesta: “El arte no es solo pintura o escultura: El arte puede ser lo que uno quiera. Yo, por ejemplo, domino el arte de hacer zumo de cereza y de que mis cerezas sean las más jugosas de todo Aragón”. El niño mira al sol, que

ya luce con todo esplendor justo encima de su cabeza. Se acuerda de que tiene que llegar a casa antes de que se esconda detrás de la colina, así que corre hacia el cántaro sin ni siquiera comprar zumo, y lo vuelve a coger para retomar su camino.

El niño camina y camina, mientras piensa en el joven y sus palabras. Si el arte puede ser lo que uno quiera, ¿cuál es su arte? Lo único que hace él es ayudar a su madre y jugar de vez en cuando. Al niño le vienen muchas preguntas a la cabeza: ¿Ayudar a la gente puede ser un arte? ¿Cómo puede ser uno feliz, si es incapaz de disfrutar de una cosa tan simple como un jugo de cereza? ¿Él es feliz?...

Después de un rato de caminar envuelto en sus pensamientos, Francisco para un momento para descansar. De lejos, escucha un llanto y achina los ojos para ver con claridad la figura que se le presenta a unos metros de distancia. Se vuelve a levantar y acelera el paso. Junto al sendero por el que camina nuestro protagonista, hay una mujer bellísima echada en el suelo, llorando y tirando de las malas hierbas a su alrededor, como una niña pequeña en pleno berrinche.

“¿Por qué llora?”, pregunta el niño. La mujer lo mira con ojos llenos de tristeza. A su alrededor hay lo que parecen maletas, algunas intactas, otras abiertas; y ropa desparramada por el suelo y llena de barro. La mujer no le contesta. Detrás de ella hay una casa pequeña de donde sale un grito: “¡¡Sal de aquí!! ¡¡Ramera!! ¡¡Como no te vayas voy a salir a meterte un tiro en la cabeza!!” Qué cosas tan espantosas, pensó Francisco: “Ese hombre debe de estar muy enfadado”. La mujer lo mira: “Lo está.”, “¿Qué has hecho?”, “No enamorarme de él”, “¿Y por qué no te enamoras?” Se hace el silencio y el niño aprovecha para sentarse a su lado y tirar de las malas hierbas, al igual que hace ella, para ver si así logra entender a la misteriosa mujer que se ha encontrado. “Sí que estoy enamorada, pero de otro hombre, y no puedo ser la mujer de alguien si quiero a otra persona. Mi problema es que no puedo escoger de quién me enamoro”.

Francisco reflexiona: “Mi madre sí que lo pudo escoger, siempre dice que el abuelo le dijo que se tenía que casar con mi padre, así que seguramente decidió enamorarse de él”. Ella ríe: “Tu madre debe ser una mujer muy valiente”. Francisco, que no entiende por qué dice eso, la ignora y se guarda la duda para pensarla en lo que le queda de camino hasta casa. Vuelve a preguntar: “¿El hombre enfadado la ha echado de su casa?” Ella asiente. “¿Y dónde va a ir

usted ahora?” De repente, como si se hubiera despertado de un trance, la mujer se levanta y se pone a coger toda la ropa suelta y a cerrar las maletas. El niño la mira desde el suelo. Ella coge sus pertenencias como puede y mira la casa antes de darse la vuelta y caminar hacia el bosque que hay al lado del sendero. De repente, Francisco se percata de que el sol ya no está en lo alto y de que su madre debe estar furiosa. Coge el cántaro otra vez y continúa su camino a casa.

Mientras camina, le vuelve la duda. ¿Su madre es valiente? Una vez, cuando Francisco era un niño chico, tuvo un encuentro desafortunado con un perro. Tal fue que acabó corriendo como alma que lleva el diablo para que el perro no le mordiera. Cuando llegó a pocos metros de su calle chillando “¡¡mamá!!, ¡¡mamá!!”, su madre salió con una sartén y le dio un buen golpe al perro para que se fuera. Ese día no estaba su padre y Francisco pensó en lo valiente que era su madre. Si por él fuera, habría corrido hasta la eternidad con tal de no enfrentarse al perro. “Mi madre es valiente”, se dijo a sí mismo. “Quizá esa mujer la conoce y por eso lo sabe”.

Francisco está ya muy cansado; este día en particular se le está haciendo largo. El camino está lleno de gente curiosa y es incapaz de no pararse a descubrir sus historias. Piensa en el castigo que le pondrá su madre, que le ha dicho que llegara antes del anochecer. Desde donde está ya ve su casa, destartalada, entre otras muchas. Pasa por delante de la taberna, del panadero, de la modista... Antes de llegar a su casa, decide pararse y entra en casa del Señor Carlos. Como siempre está sentado delante de la ventana, pintando lo que parece el mismo paisaje de siempre: “¿Cuántos cuadros ha pintado hoy, Señor Carlos?”, pregunta el niño. “Llevo todo el día con el mismo”. Francisco, sorprendido, se acerca al anciano y observa un cuadro que, aunque parece igual que los tantos que ha pintado, como siempre, tiene algo distinto. El paisaje es el mismo; lo que cambia esta vez no son las tonalidades de verde de los árboles ni la posición de los elementos, sino que en el centro de la imagen hay una mujer joven. No se le ve la cara, ya que está de espaldas, pero tiene un pelo precioso de color rojo teja. Carlos explica: “Llevo toda la vida intentando dibujar este cuadro en específico. Y después de tantos intentos, tantas mejoras, por fin lo he conseguido”. El niño se queda mirando al cuadro y pregunta: “¿Quién es esta mujer?”, Don Carlos sonríe: “Esa es mi hija, me pidió que le hiciera un cuadro antes de morir, y llevo intentando desde entonces capturar el último recuerdo que tengo de ella”.

Francisco sale de casa del señor Carlos porque sabe que llega tarde. Piensa en lo que le ha dicho el sabio anciano y piensa también en todos esos médicos que lo han tachado de loco,

por llevar dibujando el mismo paisaje durante 20 años por lo menos. En todas esas personas ignorantes que no veían que cada cuadro era mejor que el anterior, más preciso.

Francisco llega a casa y se planta ante una madre en pura cólera, que siente que ha desperdiciado su día porque no ha hecho la colada y que sabe que, cuando su marido llegue a casa en menos de una hora y vea que su camisa blanca no está limpia, la castigará como ella está castigando a su hijo. Además, al regañar al niño, este se ha asustado y ha dejado caer el cántaro, que yace roto en el suelo, rodeado por un charco de agua. Mientras recibe, el niño piensa. Piensa en las personas que se ha encontrado por el camino. Pero lo que no sabe es que, gracias al joven que no tiene olfato y vive feliz, él conseguirá lidiar un poco mejor con la enfermedad que lo dejará sordo en unos años.

Lo que no sabe es que, por ver a esa mujer desesperada porque no ha podido escoger con quién casarse y ha tenido que vivir enamorada a escondidas, sus obras, que más adelante serán famosas, estarán dedicadas a la crítica de situaciones como las de ella.

Lo que no sabe es que, gracias a don Carlos, aprenderá sobre la perseverancia y sobre no conformarse con un resultado mediocre cuando se puede llegar a un resultado excelente.

Y lo que menos sabe es que cuando su padre llegue a casa y mate a su madre sin querer, lo guardará en su cabeza y se pasará la vida dibujando esa imagen una y otra vez hasta que quede exactamente como en su mente. Una vez plasmada en un cuadro, Francisco quemará la imagen y todos sus bocetos, con la intención de borrar de la faz de la tierra algo tan feo como herir a quien quieres.

Lo que sí sabe es que él se dedicará al arte. Lo hará tan bien que será conocido como el gran Francisco de Goya y Lucientes.

FIN.



Si quebró el Cantaro.